

EL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO ILUSTRADO

La Edad Moderna se extendió de 1453 a 1789, período en el cual predominó el régimen absolutista que concentraba el poder en el clero y en la nobleza.

La Revolución francesa dio fin a esa situación. Ella ya estaba presente en el discurso de los grandes pensadores e intelectuales de la época, llamados “ilustrados” por el apego a la racionalidad y a la lucha en favor de las libertades individuales, contra el oscurantismo de la Iglesia y la prepotencia de los gobernantes. Esos filósofos también eran llamados “enciclopedistas” por ser partidarios de las ideas liberales expuestas en la obra monumental publicada bajo la dirección de Diderot y D’Alembert con el nombre de *La enciclopedia*.

Entre los ilustrados, se destaca Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) que inauguró una nueva historia de la educación. Él se constituyó en el marco que divide la antigua y la nueva escuela. Sus obras, con gran actualidad, son leídas hasta la fecha. Entre ellas citamos: *Sobre la desigualdad entre los hombres*, *El contrato social* y *Emilio*. Rousseau rescata primordialmente la relación entre la educación y la política. Por primera vez, centraliza el tema de la infancia en la educación. A partir de él, el niño ya no sería considerado un adulto en miniatura: el niño vive en un mundo propio que es necesario comprender; para educar, el educador debe hacerse educando de su educando; el niño nace bueno, el adulto, con su falsa concepción de la vida, es quien lo pervierte.

El siglo XVIII es político-pedagógico por excelencia. Las clases populares reivindican ostentosamente más el saber y la educación pública. Por primera vez un Estado instituyó la obligatoriedad escolar (Prusia, 1717). La intervención del Estado en la educación crece sobre todo en Alemania, creando escuelas normales, principios y planes que desembocan en la gran revolución pedagógica nacional francesa de finales de siglo. Nunca antes se había discutido tanto la formación del ciudadano a través de las escuelas como durante los seis años de vida de la Revolución francesa. La escuela pública es hija de

esa revolución burguesa. Los grandes teóricos ilustrados predicaban una educación cívica y patriótica inspirada en los principios de la democracia, una *educación laica, ofrecida gratuitamente para todos por el Estado*. Se inicia con ella la idea de la *unificación de la enseñanza pública* en todos los grados. Pero aún era elitista: sólo los más capaces podían proseguir hasta la universidad.

La Ilustración buscó liberar al pensamiento de la represión de los monarcas terrenales y del despotismo sobrenatural del clero. *Acentuó el movimiento por la libertad individual iniciado en el período anterior y buscó refugio en la naturaleza*: el ideal de vida era el “buen salvaje”, libre de todos los condicionamientos sociales. Es evidente que esa libertad sólo podía ser practicada por unos cuantos, aquellos que, de hecho, libres del trabajo material, tenían su sobrevivencia garantizada por un régimen económico de explotación del trabajo.

La idea del regreso al *estado natural del hombre* se demuestra por el espacio que Rousseau dedica a la descripción imaginaria de la sociedad existente entre los hombres primitivos. Daba como ejemplo a los indios que vivían en América. Y su Emilio, un personaje también, se educa sin ningún contacto con otros hombres, ni con religión alguna: solamente por el convivio con la naturaleza. Privado del contacto de sus padres y de la escuela, Emilio permaneció en las manos de un preceptor ideal, el mismo Rousseau.

La educación no debería instruir únicamente, sino permitir que la naturaleza floreciera en el niño; no debería reprimir o modelar. Basado en la teoría de la bondad natural del hombre, *Rousseau sustentaba que sólo los instintos y los intereses naturales deberían dirigir*. Acababa siendo una educación racionalista y negativa, es decir, de restricción de la experiencia.

Rousseau es el precursor de la escuela nueva, que comienza en el siglo XIX y tuvo gran éxito en la primera mitad del siglo XX, siendo hasta la fecha muy viva. Sus doctrinas tuvieron mucha influencia sobre educadores de la época, como Pestalozzi, Herbart y Froebel.

Rousseau divide la educación en tres momentos: el de la infancia, la adolescencia y la madurez. Solamente en la adolescencia debería haber un desarrollo científico más amplio y establecimiento de vida social.

A la primera fase él la llama *edad de la naturaleza* (hasta los 12 años); a la segunda, *edad de la fuerza*, de la razón y de las pasiones (de los 12 a los 20) y a la tercera la denomina *edad de la sabiduría* y del casamiento (de los 20 a los 25 años).

A través de Rousseau, podemos percibir que el siglo XVIII realiza la transición del control de la educación de la Iglesia al Estado. En esa época se desarrolló el esfuerzo de la burguesía para establecer el control civil (no religioso) de la educación a través de la institución de la *enseñanza pública nacional*. Así, el control de la Iglesia sobre la educación y los gobiernos civiles fue decayendo poco a poco con el creciente poder de la sociedad económica.

La Revolución francesa se basó también en las exigencias populares de un sistema educativo. La Asamblea Constituyente de 1789 elaboró varios proyectos de reforma escolar y de educación nacional. El más importante es el proyecto de Condorcet (1743-1794) que propuso la enseñanza universal como medio para eliminar la desigualdad.

Sin embargo, la educación propuesta no era exactamente la misma para todos, pues se admitía la desigualdad natural entre los hombres. Condorcet reconoció que los cambios políticos necesitan estar acompañados por reformas educacionales. Fue partidario de la autonomía de la enseñanza: cada individuo debería conducirse por sí mismo. Demostró ser ferviente defensor de la educación femenina para que las futuras madres pudieran educar a sus hijos. Él consideraba a las mujeres maestras naturales.

Las ideas revolucionarias tuvieron gran influencia en el pensamiento pedagógico de otros países, principalmente en Alemania e Inglaterra, que crearon sus *sistemas nacionales* de educación, y en América del Norte que expandió mucho la participación del Estado en la educación.

La Revolución francesa intentó plasmar al educando a partir de la conciencia de clase que era el centro del contenido programático. La burguesía tenía claridad de lo que quería de la educación: trabajadores con formación de ciudadanos partícipes de una nueva sociedad liberal y democrática. Los pedagogos revolucionarios fueron los primeros políticos de la educación. Algunos, como Lepelletier (1760-1793), pretendieron que ningún niño recibiera otra formación que no fuera la revolucionaria, a través de internados obligatorios, gratuitos y sostenidos por las clases dirigentes. Sin embargo, esa idea no tuvo éxito. Su autor murió en la guillotina. Al final, la misma revolución rechazó el programa educativo de universalización de la educación creado por ella misma.

Froebel (1782-1852) fue el idealizador de los *jardines de niños*. Consideraba que el desarrollo del niño dependía de una *actividad*

espontánea (el juego), una *actividad constructiva* (el trabajo manual) y un *estudio de la naturaleza*. Daba valor a la expresión corporal, al gesto, al dibujo, al juguete, al canto y al lenguaje. Para él la *actividad* representaba la base y el método de toda la instrucción. Como Herbart, estimaba los intereses naturales del niño. Veía al lenguaje como la primera forma de expresión social y al juguete como una forma de expresión.

Después de Froebel, los jardines de niños se multiplicaron incluso fuera de Europa y llegaron principalmente a Estados Unidos. Sus ideas sobrepasaron la educación infantil. Los fabricantes de juguetes, juegos, libros, material recreativo y periódicos para niños fueron influidos por las ideas de Froebel. En él se inspiró John Dewey, uno de los fundadores del pensamiento de la Escuela Nueva.

La ilustración educacional representó el fundamento de la pedagogía burguesa, que hasta hoy insiste predominantemente en la transmisión de contenidos y en la formación social individualista. La burguesía percibió la necesidad de ofrecer instrucción, mínima, para la masa trabajadora. Por eso, la educación se dirigió a la formación del ciudadano disciplinado. El surgimiento de los sistemas nacionales de educación, en el siglo XIX, es el resultado y la expresión de la importancia que la burguesía, como clase ascendente, concedió a la educación.

Además de Rousseau, otro gran teórico se destaca en ese período: es el alemán Emanuel Kant (1724-1804). Descartes sostenía que todo conocimiento era innato y Locke que todo saber era adquirido por la experiencia. Kant supera esa contradicción: incluso negando la teoría platónico-cartesiana de las ideas innatas, **mostró que algunas cosas eran innatas como la noción de espacio y de tiempo, que no existen como realidades fuera de la mente, sino sólo como formas para pensar las cosas presentadas por los sentidos. Por otro lado, sostuvo que el conocimiento del mundo exterior proviene de la experiencia sensible de las cosas.** Como admirador de Rousseau, Kant creía que el *hombre es lo que la educación hace de él* a través de la disciplina, de la didáctica, de la formación moral y de la cultura.

Para Kant, espacio, tiempo, causalidad y otras relaciones, no eran realidades exteriores. Esa afirmación fue acentuada por otros filósofos alemanes, entre ellos, Fichte (1762-1814) y Hegel (1770-1831), que terminaron negando la existencia de cualquier objeto fuera de la mente: es el *idealismo subjetivo* y absoluto que más tarde será rebatido por Karl Marx.

Lo que la moderna ciencia de la educación, en la definición de sus conceptos básicos, llama “aculturación”, “socialización” y “personalización”, representa algunos de los descubrimientos de Kant. Para él, el educando necesita realizar esos actos: es el sujeto que tiene que cultivarse, civilizarse, para así corresponder a la naturaleza. De esa forma, el verdadero objetivo del hombre es que “desarrolle completamente, por sí mismo, todo lo que está por encima del orden mecánico de su existencia animal y no participe de ninguna otra felicidad y perfección que no haya sido creada por él mismo, libre del instinto, por medio de su propia razón”.¹

El hombre, para alcanzar la perfección, requiere de la *disciplina*, que domina las tendencias instintivas, de la *formación cultural*, de la *moralización*, que forma la conciencia del deber, y de la *civilización* como seguridad social.

Menos optimista que Rousseau, Kant sostenía que el hombre no puede ser considerado totalmente bueno, pero es capaz de superarse mediante el esfuerzo intelectual continuo y el respeto a las leyes morales.

Los grandes pedagogos del siglo XVIII que siguieron las ideas de Rousseau y Kant fueron: Pestalozzi, Herbart y Froebel.

Pestalozzi (1746-1827) quería la reforma de la sociedad a través de la educación de las clases populares. Él mismo se puso al servicio de sus ideas creando un instituto para niños huérfanos de las clases populares, donde impartía una educación en contacto con el ambiente inmediato, siguiendo objetiva, progresiva y gradualmente un método natural y armonioso. El objetivo se constituía menos en la adquisición de conocimientos y más en el desarrollo psíquico del niño. Sostenía que la educación general debía preceder a la profesional, que los poderes infantiles brotaban desde dentro y que el desarrollo necesitaba ser armonioso. En la práctica, Pestalozzi fracasó en su intento. No obtuvo los resultados esperados, pero sus ideas son debatidas hasta hoy y algunas fueron incorporadas a la pedagogía contemporánea.

Ya Herbart (1776-1841) fue profesor universitario. Más teórico que práctico, es considerado uno de los pioneros de la psicología científica. Para él, el proceso de enseñanza debía seguir *cuatro pasos formales*:

¹ Fritz März, *Grandes educadores*, São Paulo, EPU, 1987, p. 82.

- 1] *claridad* en la presentación del contenido (etapa de la demostración del objeto);
- 2] *asociación* de un contenido con otro asimilado anteriormente por el alumno (etapa de la comparación);
- 3] *ordenación y sistematización* de los contenidos (etapa de la generalización);
- 4] *aplicación* a situaciones concretas de los conocimientos adquiridos (etapa de la aplicación).

Los objetos debían ser presentados mediante los intereses de los alumnos y de acuerdo con sus *diferencias individuales*, por eso serían múltiples y variados.

La doctrina burguesa ascendió con los ideales de la libertad, o *liberalismo*, en el período de transición del feudalismo hacia el capitalismo. Impulsada por la Reforma protestante, que incentivaba el libre pensamiento en el sector religioso, se unió al movimiento racionalista, que admitía que cada individuo fijase sus normas de conducta en lugar de seguir las de la Iglesia.

Pero para la burguesía naciente la libertad servía para otro fin: la acumulación de la riqueza. Para eso, el hombre debería actuar solo. Por un lado, los intelectuales ilustrados fundamentaban la noción de libertad en la misma esencia del hombre. Por el otro, la burguesía la interpretaba como libertad en relación con los otros hombres. Y sabemos que la libertad individual implica la posibilidad de explotación económica, es decir, la obtención de una posición social ventajosa en relación con los demás. De ahí que la llamada "libre iniciativa" siempre asocie la idea de *libertad*, en el sentido liberal, con la idea de *propiedad*. Para los liberales basta tener talento y aptitud, asociados al trabajo individual, para adquirir propiedad y riqueza. Por eso, de acuerdo con esa doctrina, como los hombres no son individualmente iguales, no pueden ser iguales en riquezas.

La *igualdad* social sería nociva pues provocaría la estandarización. La uniformidad entre los individuos era considerada una falta de respeto a la individualidad. Con ese discurso, que defendía una educación no sometida a ninguna clase, a ningún privilegio de herencia o dinero, a ningún credo religioso o político, que defendía que la educación de cada uno debería estar sujeta sólo al ideal de la humanidad, del hombre total, la burguesía, como clase dominante, presentaba sus intereses como los intereses generales de toda la sociedad. Después de tantos siglos de sujeción feudal a la Iglesia, la burguesía

estaba arrancando de aquélla el monopolio de la educación. Presentaba una *teoría educacional nueva*, revolucionaria, que afirmaba los derechos del individuo. Hablaba de “humanidad”, “cultura”, “razón”, “luces”..., categorías de la nueva pedagogía. En aquel primer momento de triunfo, la burguesía asumió de hecho el papel de defensora de los derechos de todos los hombres, afirmando el ideal de igualdad y fraternidad.

Sin embargo, la nueva clase mostró muy temprano —al apagarse las “luces” de la Revolución de 1789—, que no estaba del todo en su proyecto la igualdad de los hombres en la sociedad y en la educación. Unos acabaron recibiendo más educación que los otros. Adam Smith (1723-1790), economista político burgués, diría que era necesario impartir educación a los trabajadores sólo con cuentagotas. La educación popular debería hacer que los pobres aceptaran de buen grado la pobreza, como lo había afirmado el propio Pestalozzi. Ese gran educador acababa de enunciar el principio fundamental de educación burguesa que impartió una educación diferente para cada clase: para la clase dirigente la instrucción para gobernar y para la clase trabajadora la educación para el trabajo. Esa concepción dualista de la educación deberá ser sistematizada en el siglo XIX por el *pensamiento pedagógico positivista*.

1 ROUSSEAU: EL HOMBRE NACE BUENO Y LA SOCIEDAD LO PERVIERTE

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), filósofo y escritor, nació en Ginebra, Suiza, y murió en Francia. Nació protestante, se hizo católico y después regresó al protestantismo.

Según Suchdolski (1907-1992), la pedagogía de Rousseau representó el primer intento radical y apasionado de oposición fundamental a la *pedagogía de la esencia* y de creación de perspectivas para

una *pedagogía de la existencia*. La obra *Emilio* de Rousseau se convirtió en el manifiesto del nuevo pensamiento pedagógico y permaneció así hasta nuestros días. Con ella el autor pretendió probar que “es bueno todo lo que sale de las manos del creador de la Naturaleza y todo se degenera en las manos del hombre”.² Por consiguiente, predicó que sería conveniente dar al niño la po-

² Jean-Jacques Rousseau, *Émile ou de l'éducation*, París, Garnier-Flammarion, 1966, p. 35 [ed. esp., *Emilio, o de la educación*, Madrid, Alianza, 1990].